

Villangomez Llobet, Juan (1953) *La Isla de los Ahorcados*. Cuento fantástico. La Isla 2 de agosto 1953, Ibiza. Traducido del catalán e ilustrado por Marcos Arabí

Esto es -quiero contaros ahora- lo que sucedió hace más de siglo y medio, exactamente el 13 de febrero de 1798, siendo yo patrón del laúd formenterense "María". Y os aclararé de paso el extraordinario hecho, que tantas habladurías ocasionó -vosotros tendréis alguna noticia, si habéis leído las crónicas de aquel tiempo-, de ajusticiar a siete y condenar a ocho, días después, en la **isla Des Penjats**.

Yo sé que muchos me criticáis, diciendo que sólo sé relatar hechos del todo inverosímiles y que abuso de ahorcados. Si bien podría contestaros que me limito, sencillamente, a referir lo que me ha sucedido en persona, lo que he podido ver o lo que he oído decir a quienes merecen la máxima confianza. Todavía hay más. Si tú, que me escuchas, perteneces a aquella clase de personas que no han tenido ni siquiera un presentimiento, más tarde confirmado; que pueden pasar solas, las noches más negras, junto a las puertas de un cementerio rural sin sentir lo que, sin acabar de ser miedo, se le parece; que no aceptan el más allá o lo aceptan sin muchas preocupaciones; o que no saben distinguir entre los tristes ojos de los perros cuándo miran a los vivos y cuándo a los muertos; si eres de éstos, repito, ya te puedes tapar los oídos, que yo no pierdo el tiempo hablando con gente vulgar.

En la época en la que era patrón de falucho, con pasar mucho de la cincuentena, me conservaba atrevido y fuerte, sin que los años hubiesen encorvado mi alzada de casi nueve palmos ni marchitado los enhiestos e imponentes bigotes. Tostado por el sol de todos los océanos, ágil todavía y zanquilargo, la modestia no contaba entre mis innumerables virtudes.

Mi vida, siempre marinera, había sido aventurera e intranquila. Grumete de una fragata armada que llevaba sal a **Génova**, marinero aventajado de una nave que traficaba con **La Habana**, patrón y capitán de un rápido jabeque corsario ibicenco, en todas partes había dejado bien rubricada la excelencia de mis puños y mi arrogancia. Yo soy aquel que destripó solito a tres negros, en un burdel americano; quien cautivó en las costas de **Argel**, con solo cuatro de mis marineros del jabeque, a ocho moros, con forzamiento, ante la presencia de todas sus mujeres; quien dirigió la revuelta de los ibicencos contra el gobernador y quien con un puñado de jovenzuelos envalentonados, hizo huir de la **costa del Espalmador** al barco pirata francés "Discorde".

Al tiempo de mi relato todo esto quedaba atrás y no desconocía que más de uno propalaba mi fama de embustero y hombre dado a elucubraciones. Me importaba un comino. Testigos quedarían encargados de hacer valer mis verdaderas aventuras. Un poco cansado de todo, me había refugiado en una caleta de la isla y patroneaba -ancha vela latina y popa alargada- el laúd formenterense "María", nombre que evocaba el de una antigua amiga. Hacía el correo de Ibiza con tiempo bueno o malo, contrabando cuando se terciaba y tenía buen cuidado en no retrasar nunca el viaje señalado, dos veces por semana. Era éste mi gran orgullo del momento, con el que presumía ante mis amigotes de taberna. Ni el levante furioso, ni el turbión, ni la niebla habían conseguido que me arredrasen **Es Freus**. En días de temporal violento reforzaba la jarcia, hacía unos rizados a la vela, ataba el chico de abordado al palo, para que no se lo llevase un golpe de mar y, firme las manos en la caña del timón, guiaba seguro el falucho entre los bajos, los escollos y las corrientes de difícil paso.

Y así llegó aquella helada y oscura madrugada de febrero. Un nubarrón negrísimo, que apenas asomaba en el horizonte, me hizo sentir un malestar desacostumbrado. Hacia la orilla, a la hora señalada, iba pensando en los siete ajusticiados de la **isla Des Penjats** y en la horca vacía que no se aprovecharía. Dos días antes habían condenado a muerte a ocho piratas berberiscos, uno de los cuales fue indultado a última hora a condición de ser verdugo de sus compañeros.

Estaba amarrada mi embarcación en la **cala Des Pujols**, en la parte norte de **Formentera**, y de allí salía para mis viajes. Los días de levante fresco ponía proa al **Espardell** y mal habían de ir las cosas para que no llegase de un largo desde esta isla hasta **Ibiza**. Pero la mayoría de las veces dábamos muchas bordadas, que con frecuencia me llevaban a inmediaciones de la **isla Des Penjats**.

Cuando pisé la arena húmeda de la cala, el muchacho ya había preparado el laúd. No había pasaje. Soplaban un aire fresco de levante y el nubarrón apuntaba amenazador, rodeado de una corona de relámpagos. Pensé que la travesía sería rápida, la maniobra fácil y que seguramente tendría amarrada la pequeña embarcación en el puerto de destino cuando la tempestad llegase. Pero fue un terrible presentimiento -ahora lo comprendo bien- lo que me decidió a dejar en tierra al chico y emprender solo mi último viaje por mar.

Descuartelando y a la bolina, a la hora y media de haber levado ancla ya estábamos falucho y patrón a la altura del **Espardell** por el lado de poniente, cuando se deshinchó la vela. Nos invadió una calma angustiada, de mal agüero. Vela y foques caídos, rodeados de un mar espeso como salsa y negrísimo, la barca parecía una boya arrastrada por las corrientes de **Es Freus**. Los relámpagos encendían el horizonte y se reflejaban en el mar de plomo. Y llegaba hasta mí un ruido ininterrumpido y profundo, que rodaba por encima de las olas alargadas.

No puedo decir, a pesar de mi buena memoria para todos los sucesos de mi experiencia anterior, cuánto tiempo duró aquello. El falucho sin gobierno y a la deriva hacia el oeste, y la angustia de quien masca la tempestad, me hacían los momentos interminables.

Los truenos reventaban sobre mi cabeza. Un silbido estridente, que flotaba por el mar, dominó pronto todos los ruidos circundantes. Los relámpagos iluminaron los espumarajos que se me echaban encima. Y una ráfaga brutal, huracanada, arrancó de cuajo velas y mástil, y me lanzó por la borda entre los crujidos del falucho.

No puedo explicar por qué clase de milagro escapé de la muerte. Mi destino era otro. Creo que una ola afortunada me arrojó, con su irresistible violencia, sobre las oscuras y puntiagudas rocas de la **isla Des Penjats**. Sólo recuerdo confusamente el braceo desesperado entre remolinos de espuma, los retorcimientos con subidas y bajadas vertiginosas, el envaramiento por el frío, la salsedumbre en la boca, el ahogo y la sombra más absoluta o la chispa que ciega.

Cuando me repuse, sangraba por todas partes, el huracán agitaba mis vestidos desgarrados y una humedad helada se apoderaba de mí. Había llovido. Todavía escurrían los pies de los siete ahorcados. Todavía se podían adivinar sus perfiles, a través del paño mojado que tapaba sus rostros. El cielo seguía encapotado. Furiosas, las olas rompían contra la isla, empujadas por un viento de fuerza desconocida.

Cuando pude levantarme, ningún estremecimiento, ningún espectáculo insospechado. Todo me parecía familiar. Siete en hilera y una horca vacía. Y los siete rígidos, con el nudo en el cogote, las manos atrás y los pies atados, a la misma altura. Faena perfecta -llegué a pensar-, tratándose de un verdugo aficionado.

Esta era la verdadera **isla Des Penjats**, no la que habíamos conocido hasta entonces, llana y aburrida. El bosquecillo de horcas era su vegetación natural. Y los ahorcados - una no había florecido aún -, el fruto que de ellas podíamos esperar.

Un sentimiento que no sabría definir llenaba mi alma. Ya no tenía frío. Nada me importaba. El viento los hacía balancear como badajos de campana y yo pasaba y volvía a pasar entre ellos. Más de una vez sentí la caricia de sus pies. De uno a otro, y hasta la horca vacía -tan solitaria y triste-, fue un trecho que recorrí por mucho tiempo. Pasó la noche y vino la madrugada, sin que amainase el temporal.

Una idea fija me había mantenido. Sí, era evidente. A aquella horca vacía le faltaba el colgajo. Me acercaba una vez y otra, pero volví a retroceder. Por fin, la atracción fue irresistible. Ignoro si fue completamente mío el impulso decisivo. Como si fuese por el palo mayor, subí con tres brincos, me anudé bien el lazo alrededor del cuello y me lancé al espacio sin meditarlo más, lleno de un desazonado placer.

Todo sucedió rápidamente. Un gran golpe y la sensación inmediata de flotar adormecido. Calor, mucho calor en la cabeza, que hierve. Ruidos estridentes y agudos que se van amortiguando. Ante los ojos, relámpagos amarillos, rojos y verdes de monstruosas bengalas. Las piernas pesan como plomo, pero se notan extrañas, como si fuesen de otro ahorcado. Después, una huida etérea, voluptuosa.

Y en seguida, cuando ya no se siente ni se piensa, cuando uno ha dejado el cuerpo y va alejándose, alejándose hacia allá, se adivina la propia figura terrenal entregada desafortunadamente a la macabra danza. Primero la cara y los ojos, convulsionados en tétrica mueca; luego los miembros, que se contraen y estiran, chocando los unos contra los otros y contra el palo de la horca, marcando un horrible baile a compás del estator de la agonía. Pero ya se está fuera. Y al crujir de los huesos sigue la languidez corporal y el violento balanceo del péndulo movido por el vendaval. El sueño, finalmente.

Y uno se despierta siglos después y os cuenta sensaciones antiguas.